

Arte y cultura en Lagos

Sergio López Mena
UNAM

Define el *Diccionario de la Real Academia Española* las dos palabras que dan tema a este trabajo de la siguiente manera: Arte, dice, “es la virtud o disposición... para hacer alguna cosa”, y también “la expresión que crea”, sea copia o imaginación. Cultura, queda definida como el “conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época o grupo social”. Tengamos presentes estas definiciones al acercarnos a lo que han sido el arte y la cultura en Lagos a través de los siglos. Convergamos en que arte es disposición; es decir, capacidad, y cultura es modo de vida y grado de desarrollo. Podemos, así, hablar de culturas prehispánicas, que fueron diferentes a la cultura occidental, pero no mejores ni peores, pues éste es ya un juicio ético, relativo. Cuando decimos “grado de desarrollo”, debemos entenderlo en razón de las necesidades propias de una comunidad y de su cosmovisión. El trueque de mercancías y no el dinero, por ejemplo, era expresión de culturas en las que no se contemplaba la plusvalía y en las que estaban en equilibrio el ser y el tener.

Para pueblos precolombinos como el Inca, no existía el concepto de pobreza que se tiene en Occidente: la carencia de bienes, sobre todo de dinero. En quechua, ser pobre se dice: “no tener amigos”. Los pueblos que habitaban estos territorios antes de la llegada de los españoles tenían cultura, es decir, modo de vida coherente hecho norma y costumbre, una visión del mundo y una mitología propia. Todavía hace algunos años al-

quien recordaba haber visto en las orillas del vaso de la presa de Cuarenta de Lagos los restos de un juego de pelota prehispánico. Por lo tanto, no eran tribus salvajes y sedentarias.

A Jorge Ramos de la Vega debemos reveladores, pero aún incipientes, estudios de arqueología en la zona de Lagos. Carlos Gómez Mata y el que esto escribe nos hemos preguntado por el significado de los nombres de lugares en el municipio, muchos de ellos de origen tarasco, y acaso otros más bien chichimecas, aunque con este nombre eran conocidos muchos pueblos del norte de Mesoamérica: los guachichiles, los copuces, los mascorros. Hubo aquí culturas aborígenes, de hombres que acaso usaban más que arco y flecha, pero de los que ciertamente nos ha quedado la imagen, verdadera o falsa, de que eran indomables. La corona española, para despojarlos de sus territorios, declaró que estaban poseídos por el demonio y que comían carne humana. Pudo así esclavizarlos, herrándolos primero en el rostro y luego, por misericordia, en el hombro.

En el siglo XVI, un siglo teológico por excelencia -es el siglo del Concilio de Trento, que regirá la vida de Occidente por más de cuatrocientos años; es también el siglo de la Contrarreforma, movimiento unificador *a fortiori* de las conciencias-, la declaración de la naturaleza demoniaca de los chichimecas era fundamental para poder exterminarlos. Las órdenes religiosas, con la de San Francisco al frente, había jugado gran papel en la transculturación que siguió a la conquista, pero vivían conflictos entre ellas y se había agotado el aliento original hacia los años en que la urgente explotación de las minas imponía la destrucción de los pueblos que se hallaban en los llanos de los chichimecas.

Fue un momento muy triste aquel en el que la jerarquía eclesiástica decidió convalidar la supuesta justicia de esa guerra, una de las más cruentas que hubo en el territorio, según ha documentado Philip W. Powell.¹ Dávila Garibí habla de cómo se instrumentaron medidas para acabar con los chichimecas, y en general con los

1. *La guerra chichimeca: 1550-1600*. Trad. Juan Utrilla. México: FCE, 1997.

pueblos de Occidente,² como había enseñado Nuño de Guzmán, que asoló la actual región sur de Jalisco a sangre y fuego, aunque en los últimos años sus ideas han querido ser matizadas hablándose de un Nuño de Guzmán de leyenda negra, cuya figura sanguinaria habrían contribuido a forjar los cronistas religiosos.

La cultura laguense, si por tal entendemos la española asentada aquí al ser desplazados o esclavizados los guachichiles, nació entre hogueras y ahorcamientos. Pero también entre los hombres que hablaban castilla se dieron persecuciones y quebrantos. Apenas fundada la ciudad, vivieron aquí y en Comanja, respectivamente, el extremeño de Plascencia, Pedro de Trejo, y el toledano Juan Bautista Corvera. Éste pertenecía en Toledo a una familia noble, pero había salido de esa ciudad ante el clima de terror que el arzobispo Silíceo impuso exigiendo que hubiese probanza de sangre, es decir, comprobación de que no se era judío, y alentando contra los judaizantes la última gran persecución española. Corvera escribió poesía y obras de teatro renacentista, y por picardías riesgosas fue a dar a la Inquisición, pero finalmente se hizo clérigo y se volvió él mismo agente del Santo Oficio en las costas de Oaxaca.

Pedro de Trejo estuvo entre los primeros regidores de la villa, y tenía estancias y negros a su servicio, pero sus diferencias con Hernando de Martel, a quien acusó de haber vendido los solares de la villa en lugar de asignarlos gratuitamente, más un pleito de divorcio, hicieron que también el Santo Tribunal de la Fe lo sometiera a juicio, condenándolo a trabajar gratuitamente durante cuatro años en la flota del rey. Trejo es un poeta de raigambre medieval, con preocupaciones religiosas, sin llegar a ser místico.

Estoy hablando de escritores que vivieron en la Villa de Santa María de los Lagos en los primeros años de ésta, entre 1563 y 1568. No debieron ser los únicos, pues los centros mineros que se encontraban relativamente cerca, Guanajuato, Zacatecas y San Luis Potosí, atraían a muchísima gente, entre la cual se contarían poetas y dramaturgos. La carencia de papel, la escritura

2. *Apuntes para la Historia de la Iglesia en Guadalajara*. t.1. México: Ed. Cultura, 1957.

3. *Ciénega de Mata: desarrollo y ocaso de la propiedad vinculada en México*. Zapopan: El Colegio de Jalisco, 1998.
4. *La formación histórica de una región: Los Altos de Jalisco*. México: CIESAS, 1986.

como elemento exclusivo de la clase dominante y el terror que imponía el Santo Oficio son causa de que muy poco conozcamos de la vida cultural en lengua española desarrollada aquí durante la colonia, pero es mayor lo que sabemos de ella que lo que conocemos de la cultura que tenían los pueblos prehispánicos que se hallaban en estos territorios.

He hablado de represión. Ese es el signo más evidente de la vida social en Lagos durante la Colonia y desde que Hernando de Martel fundara la villa. Si nos asomamos al siglo XVII, hallaremos casos de esclavitud, tanto en la ciudad como en el Mayorazgo de Ciénega de Mata, lo que ha sido documentado por Jesús Gómez Serrano³ y por Andrés Fábregas Puig.⁴ Se trataba sobre todo de esclavos traídos desde Guinea Ecuatorial, Africa, y que habían pasado por Sevilla, Tenerife, La Habana, Veracruz y México, para finalmente ser comercializados en Guanajuato o en Zacatecas en cuatrocientos cincuenta pesos los más jóvenes y de complexión robusta.

El siglo XVII es el gran siglo de la esclavitud en la región de Lagos, siglo también de portentos religiosos, pues muchas de las imágenes de la zona -traídas de Michoacán, de Querétaro o de Guatemala-datan de esa época. Es el siglo de la virgen de San Juan y de los cristos milagrosos, expresiones de una fe, de un modo de vivir y de morir, es decir, de una cultura, la católica, enraizada profundamente en el Bajío y en Los Altos. Y el siglo XVII es también la centuria en que se persigue la manifestación de una cultura opuesta a la oficial, pero que dialécticamente toma de ella ciertos elementos. Me refiero a las costumbres secretas, a la hechicería, que ya estaba entre los chamanes guachichiles y copuces, y que seguramente se sincretizó con los ritos traídos de Africa y del Caribe por los negros. Documentos de la Inquisición dan cuenta, en el siglo XVIII, de esos casos. Así, en 1712, se inicia proceso en Santa María de los Lagos contra María Franco de Orozco, "loba blanca, de oficio curandera, por supersticiosa y maléfica", y en 1782, se incoa juicio contra Josef María del Castillo, "mulato, por supersticioso heretical". Son estos casos, entre los po-

cos de que quedó registro, una pequeña muestra de la vida secreta de varias realizaciones de la cultura. Porque las costumbres que han prevalecido de manera evidente han sido las ortodoxas, las de la cultura oficial, pero hay otras realidades, y a éstas se les ha perseguido y reprimido, o en el mejor de los casos ignorado.

Durante siglos, en el norte del municipio de Lagos se ha visto pasar, en los meses de febrero y marzo, a caminantes huicholes que van rumbo al desierto de San Luis Potosí por el fruto del peyote que usan en sus ceremonias. Hoy sabemos que se les encarcela y se les hace escarnio por apegarse a sus ancestrales costumbres, como se castigó en la Colonia a quienes practicaban culturas disidentes, nuestros chamanes. Cultura popular llama el *Diccionario* a estas manifestaciones de la vida de un pueblo. Cultura, al fin al cabo, y de una gran fuerza, por intuitiva, asumida genéticamente, casi una confirmación del naturismo.

La cultura laguense durante los tres siglos de dominación debió ser eminentemente campesina, conformada por esas múltiples formas de devociones, supersticiones y agüeros que se cernían sobre la cotidianidad del trabajo en los ranchos y las minas, y que, con cierta frecuencia, podrían constituir la otra cara de una existencia, ésta a la luz del día, canónica. Por lo demás, en la Colonia, lo evidente eran las costumbres importadas de España, con el santoral como calendario. La alegría de Navidad, el recogimiento de Semana Santa, las fiestas de los santos patronos en pueblos y rancherías. Del santoral tenemos casi todo en Lagos, no sólo nuestros nombres, muchos de origen hebreo, griego o latino; también las iglesias monumentales, con campanas que rigen los días, y sobre todo un ritmo de vida. Lagos es un pueblo levítico de formas, ceremonias, estrenos y solemnidades. Tiene un perfil propio, con idiosincrasia en su gente de grandeza y de contradicciones.

Grandeza fue la del amor a sí mismo de que dio cuenta Pedro Moreno, quien, al lado de su familia, dijo que prefería morir antes que respirar como súbdito entre sus enemigos. Grandeza fue la de Rita Pérez de Moreno,

que al serle propuesto el que solicitara al gobierno una pensión para vivir, dado que había sido la esposa de un general de la Independencia, se negaba a hacerlo diciendo que tenía dos manos para trabajar y para sostenerse. Grandeza fue la del padre Miguel Leandro Guerra, que al morir dejó una cuantiosa fortuna para la instrucción de la niñez laguense. Grandeza fue la de Agustín Rivera, que prefirió un rincón de Lagos para cultivar su pensamiento, lejos del bullicio de las grandes ciudades, y que desde Lagos irradió cultura; por el poniente hasta Mazatlán, y por el sur hasta Chiapas.

Si Moreno hubiese planteado de otra manera su lucha, su hijo Luis, parientes y seguidores, él mismo, no hubiera sufrido la violencia y la muerte atroz y bárbara. Ya ni Atila les cortaba la cabeza a sus enemigos; sí lo hizo el gobierno virreinal, cercenándole al laguense aquella vigorosa cabeza de alteño. Moreno sabía que tal podría ser su fin, y fue temerario. Nosotros decimos heroico. Si Rivera, en lugar de vivir en Lagos hubiese estado en la capital, no se habría extraviado en múltiples caminos para satisfacer dudas pueblerinas, sino que habría concentrado su energía intelectual en una línea, apoyado en mejor metodología.

No quiero dejar la Colonia sin recordar a dos grandes figuras de la cultura católica, el señor cura Diego José Cervantes, quien, nacido en Aguascalientes, se entregó a Lagos promoviendo la construcción, en el siglo XVIII, de la gran iglesia parroquial que, definitivamente, a él se debe, como se le debe la existencia del convento de Capuchinas. El otro personaje notable es el jesuita Pedro José Márquez, de familia muy humilde, originario de San Francisco del Rincón; un hombre de inteligencia extraordinaria. Desterrado de su patria junto con los demás jesuitas en 1767, llevó a cabo en Italia la redacción de importantes obras sobre arte clásico, astronomía y arqueología mexicana. Se dice que Napoleón, aquilatando su gran saber, le pidió que fuese el ministro de educación de su imperio, cargo que rechazó.

Por él, los restos de un mártir de los primeros años de la cristiandad se hallan en la parroquia, pues aun cuando estaba

en Bolonia, su mente permanecía en Lagos. Y yo diría que el espíritu del padre Márquez estuvo en esta ciudad por mucho tiempo, pues hay en ella grandes muestras de arquitectura neoclásica, que junto con lo que se conserva del barroco -frontis de la parroquia, ya que el altar barroco fue sustituido; portada de la casa de los Condes de Rul-, y con lo que dejó el recuerdo de la arquitectura medieval castellana -mesón de la Merced, portal Castro-, le dan una personalidad única. Neoclásico es el frente de la quinta Rincón Gallardo, una finca que ojalá ayuden a conservar las autoridades laguenses, pues su estado es muy deplorable.

He hablado de una familia de héroes al asomarme al siglo XIX, de la cultura hecha acción y compromiso social, dejada atrás la sola vivencia de villancicos y zarabandas coloniales. Pero me faltan otros personajes no menos significativos: Francisco Primo de Verdad y Ramos, cuyo padre había sido administrador de Ciénega de Mata, pero él, a través del estudio y en uso de un valor imbatible, llegó a la defensa de la democracia. Él dijo en los albores del siglo XIX: "el poder lo da el pueblo". Por eso murió envenenado en la cárcel del Arzobispado. No corrió la misma suerte otro laguense de gran mérito, para quien la cultura era participación social, Juan Pablo Anaya, que fue secretario de Hidalgo y como tal participó en la toma de Guanajuato. Fue de los que acudieron a testificar sobre la hazaña de "el Pípila", pues ya a pocos años de la caída de Guanajuato se empezaron a borrar los nombres de quienes habían participado en ésta y aun a dudarse de la existencia de esos héroes, lo que comprueba el carácter anónimo del movimiento. Luego se le comisionó para buscar el reconocimiento de Estados Unidos a la nación mexicana y tomó parte activa en los gobiernos postindependentistas.

Hay, pues, diversas realizaciones de cultura. Los últimos nombres que he mencionado son ejemplo de la cultura del bien social, de la lucha por la nación. Ahora bien, la cultura como conjunto de expresiones que dan cuenta de la belleza tuvo en un sobrino del héroe la-

guense, Pedro Moreno, la primera manifestación importante. Hablo de José Rosas Moreno, el cantor inicial de nuestro terruño, con sus poemas "El valle de mi infancia" y "Vuelta a la aldea".

Rosas Moreno, que vivió de 1838 a 1883, tuvo una vida personal desafortunada. Fue liberal, y llegó a ser diputado, pero lo suyo no eran ni la tribuna ni las armas. Cuando el país fue invadido por las tropas francesas, tuvo que esconderse entre los ranchos de la Sierra de Santa Rosa, él, que había publicado periódicos para los niños y escrito poemas lastimeros y fábulas morales. Su romanticismo es de un tono apagado, y está acorde con alguien para quien la existencia se tornó una carga. Es, en ese sentido, nuestro primer artista. Porque lo que distingue a los verdaderos artistas es un desajuste con la realidad exterior, y la necesaria construcción de palacios interiores, de realidades mentales. Escribo, decía Rulfo, porque la realidad me parece insoportable. Así lo fue para Rosas Moreno, que al hablar del zenzontle decía: "Cuán dulce es la armonía/ de tus cantos de amor". Como el zenzontle, Rosas Moreno fue bardo errante y melancólico del Ideal. Buscó la felicidad, y escribió poemas que así lo reflejan, a sabiendas de que ésta es imposible para el ser humano, al que en todo caso definimos como alguien que busca lo que no habrá de encontrar nunca, o acaso sólo pasajera y en apariencia. Pasan veloces las horas de amor y dicha, dirían los románticos.

En el siglo XIX comenzaron a instalarse instituciones educativas que serían motor de la cultura oficial. Si durante la Colonia sólo se contaba con el convento de la Merced como lugar de formación -seguramente allí estudió sus latines Pedro Moreno, antes de ingresar al seminario de Guadalajara, donde estuvo por espacio de ocho años; ciertamente allí estudió Rivera antes de entrar, a su vez, al seminario-, vamos a hallar en este siglo, además del citado convento, las llamadas escuelas lancasterianas, y, en la segunda parte de la centuria, el benemérito Liceo del Padre Guerra, en el que dio clases de latín y de historia Agustín Rivera, cátedras que motivaron gran parte de sus obras.

Rivera fue fundamentalmente un educador, un hombre ilustrado que pretendía comunicar conocimientos a los demás. Fue paladín de la ideología moderna en su tiempo, enemigo de supersticiones y de oscurantismos. Dio la batalla contra la clerecía conservadora que evitaba la enseñanza de los clásicos latinos a la juventud y contra el obispo Orozco y Jiménez, que le pedía retractarse de sus ideas. Éstas no eran otras que las del liberalismo decimonónico. En el capítulo titulado "Qué es el liberalismo", el presbítero Sardá y Salvany decía:

Principios liberales son: la absoluta soberanía del individuo con entera independencia de Dios y de su autoridad; soberanía de la sociedad con absoluta independencia de lo que no nazca de ella misma; soberanía nacional, es decir, el derecho del pueblo para legislar y gobernarse con absoluta independencia de todo criterio que no sea el de su propia voluntad, expresada por el sufragio primero y por la mayoría parlamentaria después; libertad de pensamiento sin limitación alguna en política, en moral o en Religión, libertad de imprenta, asimismo absoluta o insuficientemente limitada; libertad de asociación con iguales anchuras. Estos son los principios liberales en su más crudo realismo.⁵

Juárez tuvo la visión, con la mira de la construcción del Estado, de impulsar la sociedad civil, basada ésta en el respeto al derecho de los demás y en el ejercicio libre de la conciencia. Equilibrar el bien de la sociedad y el respeto al individuo ha sido la tarea del sistema mexicano, que sufrió un embate en la Revolución al alejarse de ese objetivo. Nuestra vida política es de base liberal, republicana. Y Rivera se enorgullecía de ser liberal, pero en su siglo eso era, en opinión de algunos eclesiásticos, un grave pecado. Otra razón para lamentar que no se haya trasladado a la ciudad de México para producir su obra; se habría podido defender mejor en la lucha ideológica. De cualquier manera, nos dejó 180 títulos, de muy distinta calidad unos de otros, ciertamente, y numerosas cartas suyas en archivos de otros personajes de primer nivel en la historia mexicana, como Guillermo Prieto, Juan A. Mateos, José María Vigil. Conoció

5. Félix Sardá y Salvany. *El liberalismo es pecado*. Cuestiones candentes. Zacatecas: Imprenta "El 12 de diciembre", 1889, p. 12-13.

a Juárez, a Miramón y a Porfirio Díaz. Francisco Villa, al pasar por León, fue a su casa a saludarlo. Imaginémonos cómo habrá sido el encuentro entre el centauro que hacía la historia y el ave que la escribía.

Primero alumno y luego maestro del Liceo del Padre Guerra fue Apolonio Moreno, un joven humilde de gran talento y ardor vital, formado por el Liceo en la composición musical al uso de la época y que tuvo su mejor etapa como autor de valeses y marchas en las primeras décadas del siglo. Dio a Lagos una polka que se interpreta en México y en el extranjero, "Tres piedras", y el shottish "María", de difícilísima construcción musical, y por lo tanto, sólo adjudicable a los grandes artistas.

Una anécdota nos narra que en cierta ocasión "el Chato" Apolonio había ido a la ciudad de México, y que un domingo se acercó al kiosco que está en la entrada del Bosque de Chapultepec, en el que daba conciertos la Orquesta Típica de Lerdo de Tejada. Ahí escuchó decir al director: "Interpretaremos 'Tres piedras', de un gran compositor jalisciense, Apolonio Moreno". La Orquesta Típica Lerdo de Tejada era una de las máximas organizaciones de música en el país. Él, que estaba entre el público, luego de escuchar aquellos compases de su obra, no dijo nada; sólo unas lágrimas recorrieron su rostro, por la emoción. Si Rosas Moreno había sido la tristeza, Apolonio Moreno fue la humildad. Humildad laguense, como la de Francisco González León, para quien la esencia de la vida estaba en la búsqueda de la belleza.

González León era farmacéutico de profesión, pero lo que realmente le interesaba no tenía nada que ver con pócimas para aliviar los males del cuerpo. Lo suyo era un ideal que se hallaba en el recuerdo, aquel dolor del alma siempre insatisfecha. Su libro, *Campanas de la tarde*, recrea ensoñaciones y misterios del deseo, y sobre todo un ambiente de ciudad ya de álbum fotográfico envejecido. Una joven que toca el piano a altas horas de la noche en una casa contigua y que inquieta las ideas sobre el destino, la amada vista al cruzar la calle,

un libro de rezo en unas manos de mujer, y en medio, la imposibilidad, la felicidad que no llega.

El nombre de González León nos sitúa en la sordina de cierta poesía amorosa, muy de la zona interior del país, lejos del enaltecido erotismo tropical. *Campanas de la tarde* es un libro eminentemente laguense, de la provincia católica. Sólo López Velarde, con su herencia moruna, transgredió las medidas que el entorno provinciano le marcaba. Amigo de González León, tuvo un amor en Lagos, Margarita González, la mejor de sus amigas -así se lo decía-. En medio del clima de violencia revolucionaria, López Velarde llevaba el retrato de Margarita González como amuleto, y le escribía en carta del 4 de mayo de 1920: "¿Cuántas veces se ha puesto el collar amarillo?".

Si ya comienza a olvidarme no me olvide mucho. Piense en que usted es para mí una amiga de verdadera predilección. A cincuenta leguas o a mil, yo siempre meditaré en usted con vivo afecto y, aun más, con la excelsa caridad que debemos a todos nuestros prójimos, pero que en realidad sólo dedicamos a quienes se hallan junto a nuestro corazón.

Alguna vez le dijo: "Margarita: cuando yo haya muerto, deje abierta la ventana de su habitación, para que entre con el viento". Y así se lo dice en un poema hallado entre sus papeles después de su fallecimiento, "Si soltera agonizas":

Si soltera agonizas,
irán a visitarte mis cenizas.
Porque ha de llegar un ventarrón
color de tinta, abriendo tu balcón.

Déjalo que trastorne tus papeles,
tus novenas, tus ropas, y que apague
la santidad de tus lámparas fieles...
No vayas, encogido el corazón,
a cerrar tus vidrieras
a la tinta que riega el ventarrón.
Es que voy en la racha
a filtrarme en tu paz, buena muchacha.

Al autor de "Zozobra" debemos la publicación de *Campanas de la tarde*, libro que él impulsó y ordenó por el gran afecto que le tenía a su amigo de Lagos, pero que no vió salir de la imprenta, pues murió prematuramente, en junio de 1921.

La edición de las obras de González León fue continuada por un laguense de gran mérito, Alfonso de Alba, autor él mismo de obras de creación y de estudio, como *Al toque de queda*, *Entonces y ahora*, *La provincia oculta*, *Antonio Moreno y Oviedo y la Generación de 1903*, *El Alcalde de Lagos y otras consejas*. Por muchos sentidos es apreciable, y creo que pronto comenzaremos a valorar mejor la obra de don Alfonso, un hombre de gran calidad humana. Guardo de él algunas cartas, como ésta, de la que reproduzco un fragmento, en la que me reveló, con una gran confianza, lo que pensaba de sí mismo, como si presintiera que el fin podría llegar pronto:

Muy apreciado Sergio

Ante todo, una disculpa por tratar con estas líneas de referirme a varias cartas y envíos suyos, libros y publicaciones dignas cada una de agradecimiento y comentario aparte.

Primero que nada, quiero expresar lo que en público y en privado -cuando ha surgido la oportunidad- he dicho de usted y de su labor literaria: que me entusiasma y estimula -pensando en Lagos y en México- que tengamos en usted no sólo una persona más amante de una tradición cultural -literaria en particular-, que eso hemos tratado de realizar algunos sin la preparación académica adecuada. Sin duda los casos de Arturo Azuela y usted -por caminos diferentes- son la excepción.

Al publicar mi primer libro, pecado de inexperiencia, en 1944, se trataba de una serie de artículos para el periódico *El Occidental*, aún no en manos de la "cadena" García Valseca. Contaba entonces con secundaria, preparatoria, e iniciaba bachillerato en Derecho. Como dato curioso, cuidó la edición Antonio Alatorre, amigo, quien acababa de llegar a Guadalajara anteponiendo a su nombre actual "Marco".

Ya en la ciudad de México, con serias limitaciones económicas, trabajando en la Secretaría de Educación -dando clases para sostener mi carrera en Derecho-, apenas asistí en calidad de oyente a la Facultad de Filosofía y Letras, entonces en Mascarones; alcancé a conocer sólo a Maestros en Letras, como Julio Jiménez Rueda, Francisco Monterde y Julio Torri.

Debo, sin duda, algo de mi afición literaria a dos maestros laguenses: don Agustín Padilla y don Francisco González León; a don Carlos González Peña y a don Agustín Yañez, ya en México. Mis amistades en Guadalajara: Adalberto Navarro Sánchez, Antonio Alatorre, Juan José Arreola y Juan Rulfo, fueron para mí muy importantes. Valga esto no como merecimiento, sino como oportunidades que con mayor preparación hubiera aprovechado mejor. Pero el reloj del tiempo no empuja las manecillas al revés.

Bien sabido de muchas personas es que, sin buscarlo, ni siquiera presentirlo, ingresé al servicio público. Y lo hice con la convicción de cumplir con una conscripción cívica, no fácil de eludir; experiencia vital de la que no me arrepiento; pese a gratuitas y no buscadas animadversiones posteriores. Esto, naturalmente, me ha hecho madurar y admitir que pertenezco, no cabalmente, en plenitud, a esos mundos que me siguen apasionando. Y en ambos me quedé como principiante, como iniciado. Y... perdóneme la confianza autobiográfica.

A López Velarde y a Alfonso de Alba debemos el que se haya conservado la obra poética de González León. Pero el interés de don Alfonso por Lagos fue mucho más allá. Fundó a fines de la década de los cuarenta una colección de libros que perseguían dar a conocer a Lagos en México y en el extranjero, la "Biblioteca de Autores Laguenses", que al parecer llegó hasta unos trece títulos, y en la que se publicaron los primeros textos de Alfredo Márquez Campos, laguense de pura cepa y narrador nato. De Márquez Campos interesa, sobre todo a los lectores, una novela que se desarrolla precisamente en la quinta Rincón Gallardo, *Dalia*. Esta novela, de corte romántico, lleva varias ediciones en el Fondo de Cultura Económica, la editorial más importante del país, y fue publicada inicialmente en 1953, en la colección que, seguramente con su propio peculio, había creado Alfonso de Alba.

Márquez Campos pertenece a nuestra tradición narrativa, en la que tenemos un nombre mayor, Mariano Azuela, célebre por *Los de abajo*, sin duda su mejor obra. Azuela fue maderista convencido. Participó en la Revolución como médico de tropa, al lado de Julián Medina, y de las vivencias revolucionarias sacó sus cuadros, que muestran al hombre arrastrado por los

acontecimientos, sin dominio de sí, de su historia ni de su destino. Su profesión de médico le llevó a conocer el alma humana, a veces más observada que presentada por él, pero definitivamente en *Los de abajo* escribió un libro que permanecerá al paso del tiempo. Perdurará más que la obra de otro gran autor laguense, Carlos González Peña, "el académico", que en 1928 escribió una *Historia de la Literatura Mexicana* que aún no ha sido dejada atrás en cuanto registro de títulos, autores y generaciones y como visión global de cuatro siglos de la producción humanística mexicana.

El autor de *Los de abajo* y el de la *Historia de la Literatura Mexicana* fueron personalidades opuestas; al parecer, nada amigos. Escribe Emmanuel Carballo al mencionar a estos dos ilustres coterráneos nuestros:

Entre el nacimiento de Azuela y el de González Peña mediaron doce años, además fueron paisanos. Por estas dos razones, es extraño que Azuela no mencione en sus trabajos críticos y autobiográficos a González Peña y que entre líneas manifieste contra él cierta animadversión. También resulta sorprendente el poco, casi nulo aprecio literario que González Peña sentía por don Mariano. En la *Historia...* le dedica menos espacio como novelista que el dedicado a Jiménez Rueda, Monterde y Valle-Arizpe. [...] Quizás no se entendieron y apreciaron porque Azuela practicaba las letras desde posiciones populares y González Peña desde posturas elitistas. [...] Juzgados con criterio de hoy, la obra de González Peña parece anterior a la de Azuela. Don Carlos semeja un escritor porfirista que entrevera naturalismo y modernismo, y don Mariano un escritor decimonónico que por raros motivos escribe algunas novelas revolucionarias tanto en lo estructural y estilístico como en lo que toca a la visión que tenía de la política.⁶

6. "Carlos González Peña". *Novelas y novelistas mexicanos*. Ed. preparada por Emmanuel Carballo. México: UNAM-Universidad de Colima, 1987, pp. 2-8.

Azuella se interesó por las cuestiones sociales de su terruño y tomó partido contra los simpatizantes del régimen porfirista. Fue un opositor vehemente, que por serlo ganó enemistades profundas entre personalidades y grupos de poder en Lagos. En junio de 1911 obtuvo la jefatura política local, pero prácticamente no se le permitió que gobernase. En carta que le escribió al gobernador se refería a las presiones de

los caciques, quienes derrotados por primera vez en toda la historia de Lagos están indignadísimos y pretenden a todo esfuerzo hacer que se anule la elección verificada por los delegados que envió el gobierno de Jalisco y en cuya elección recayó sobre mí el mando de Jefe Político.

La presión de los caciques para que alguien que no pertenecía a la clase social de Lagos no ocupase la presidencia tuvo éxito. Para Azuela fue una contrariedad, una gran frustración, pero dejó claro en un manifiesto que:

Lagos, como todos los pueblos de la República, está en manos del caciquismo, y aquí como en todas partes este gremio está perfectamente organizado y listo siempre en la obra de hacer y deshacer autoridades.

Agustín Rivera, que era un sabio y aquilataba circunstancias, acciones e individuos, al saber de la renuncia de su sobrino político, le dirigió una amable carta en la que le decía que qué bueno que se alejaba de lo que no era lo suyo.

Y es que lo de uno será pocas veces la política. Más aun: el artista, el intelectual, está generalmente del lado de los poderosos, no por convencimiento, sino por conveniencia, y en este sentido suele llegar hasta la abyección. Sólo de cuando en cuando se escuchan algunas voces discordantes, como la de Soledad Orozco Ávila, laguense de arrestos, que dirigía periódicos de combate en la década de los treinta, que sufrió despojo de victorias electorales y desconocimiento de sus méritos, si bien fue de las que consiguieron el voto para la mujer mexicana.

Voces como la de aquellos jóvenes laguenses que hace casi veinte años arriesgamos la vida al aferrarnos al triunfo democrático y al respeto por la voluntad popular. En ese momento, el pueblo, decidido a terminar con el caciquismo -el sueño de Azuela- casi se levantó en armas. Los que teníamos preparación universitaria y los periodistas locales pusimos nuestra parte, y de allí en adelante la historia política de Lagos se escribió de

otra manera. Porque la cultura es también compromiso, que triunfa si se da un cúmulo de circunstancias a su favor. No triunfaron Moreno, ni Mina, ni Azuela en su lucha por la justicia social, porque el conjunto de circunstancias les era desfavorable. Tampoco nosotros estábamos seguros de ganar en la lucha por la democracia. Eso pasó hace veinte años, y varios de los que participamos activamente en la contienda ya somos personajes olvidados, lo que demuestra que se trató de un movimiento puro y espontáneo, cuyo único objetivo era la implantación de una cultura democrática, popular, sin Maximilianos.

El intelectual laguense tiene un legado en el que debe trabajar, más que andar pensando en que se ponga su nombre a una calle o se le otorguen aplausos. Le hemos dejado la herencia del compromiso social, sin desatender que el primer compromiso es con la obra artística, que debe ser auténtica y tener calidad, como producto de la disposición verdadera y de la dedicación, del arte de hacer bien lo que se hace, sea una pintura, un cuento o un poema.

Pero la autenticidad no se consigue sólo con el arte, que hemos visto definido por el Diccionario como capacidad o disposición. Ésta depende de los designios divinos -podemos llamarles así-. En los últimos años, en esta ciudad, un grupo de escritores ha estado trabajando sus textos. Son Dante Velázquez, Manuel Hernández, Rodolfo Revilla, Jesús Martínez y Lourdes Rico, entre los que conozco. Están ellos en el camino de la autenticidad porque escriben de lo que verdaderamente sienten, lo que sinceramente han vivido: la literatura es la vida de uno. Rulfo puso su vida en lo que escribió. Por supuesto que eso es inmolarsé, desnudar el alma. La literatura es el único espacio donde de verdad somos, donde no podemos ocultarnos. Fuera de la literatura, todo es careta, imagen y afeite: los días enmascarados.

Estos escritores laguenses saben que además hay que corregir y desechar una y otra página, a partir de la discusión, la información, la reflexión, la consulta con

quienes más saben y sobre todo la lectura incansable de otros autores. No basta ser sincero para escribir una obra meritoria. La sinceridad sola no hace talentos, si no se acompaña con la crítica y la autocrítica, que en los pueblos suelen no darse. Este grupo de escritores tiene una revista literaria, que es la única que hay en Lagos, *El Tlacuache*.

Lección de autocrítica es la que vive cotidianamente el pintor laguense Carlos Terrés, que está continuamente buscando lo mejor, lo nuevo. Vive el futuro, no se estanca, y esto en arte es fundamental, pues el arte es siempre reto. He expresado ya mi opinión acerca de Enrique Ortiz, de Miguel Guzmán, de Pedro Pablo Trueba. Refrendo mi opinión. Escribí hace unos meses sobre Miguel Guzmán:

Miguel Guzmán ha trabajado incansablemente la acuarela. En esta línea tiene cuadros memorables que ilustran salas de casas distinguidas y aun billetes de lotería. Es, pues, un artista conocido y apreciado. Hablar de su obra es plantearse una serie de cuestionamientos acerca de nuestro concepto de pintura, en primer lugar, para luego precisar su valor y su significado. Una vez más hay que decirlo: la calidad del arte no está en los motivos, en los temas. Lo que puede hacer de las acuarelas de Miguel Guzmán obras auténticas de arte no es que sean sobre la parroquia o sobre el Refugio, el Puente Grande, la Luz, motivos que a los laguenses nos conquistan. Lo que puede hacer de todo trabajo una obra de arte es la dosis de alma que en él ponemos, pero hacer esto no depende de nosotros, sino de los dioses o los demonios. En un cuadro como "Calle del Lic. Verdad, con la parroquia al fondo y caballos", está el espíritu de Miguel Guzmán. Sin embargo, no podemos esperar esto de todos sus cuadros.

Hablo de Miguel Guzmán, porque creo que lo que he escrito sobre él puede hacerse extensivo a los demás pintores de temas laguenses, que son la mayoría. Grata diferencia lo constituye Esther Ramos, que, como Terrés, está siempre buscando otras técnicas de realización, antiguas o modernas. Pero no se trata sólo de técnica. "Salamanca no da lo que Natura no empresta", decían los españoles de hace siglos para señalar que

con talento se nace o no. Esther Ramos es artista de nacimiento.

Caso singular es el de Alfredo Rosales de Santiago, pintor voluntarioso, de arrojo y desvelos, que ha pintado un Cristo admirable, pero que tal vez ha cedido a las presiones del mercado -las malditas circunstancias- y ha hecho murales que requerirían mayor preceptiva, mejor escuela y una asimilación reposada, pues el muralismo exige el talento de un Miguel Angel, que en la Capilla Sixtina manejó de manera magistral volúmenes, conjuntos y distancias.

En el arte y en la cultura laguenses han jugado papel primordial dos instituciones: la Escuela de Artes y la Casa de la Cultura, que complementan la tarea central de educación realizada por los planteles de enseñanza elemental, media y profesional. Esto en cuanto al cultivo de la belleza en sus diversos rubros: pintura, música, literatura.

Hay desde luego múltiples realizaciones de cultura, como las festividades religiosas, que congregan bandas de música, danzas y carros alegóricos. Más aun, estas manifestaciones son expresiones muy vivas. Diríamos que la alta cultura, la de conciertos, exposiciones, recitales, es de difícil construcción y con público casi siempre minoritario, porque las exigencias para él son mayores, mientras que la cultura popular es mas tangible, con proposiciones menos complejas. Las dos son legítimas y necesarias, pero la dificultad inherente a la organización de actos de la alta cultura hace que el desaliento triunfe entre sus impulsores. Hay anquilosamiento en algunas células que detentan la membresía cultural, y a veces, aun cuando los actos que se organizan sean de alto nivel, realizados con grandes esfuerzos de coordinación y aun con aportación pecuniaria heroica de algunas personas, la gente no responde. Otras veces se ven frutos inmediatos. Las actividades de la alta cultura no pueden valorarse exclusivamente por cantidad de gente, sino en gran medida por la calidad, la inteligencia, la oportunidad con que éstas se presentan, se coordinan y se integran a los intereses vitales de la po-

blación. Lo que debemos valorar es si hay o no trabajo, si hay o no ideas y limpieza de miras. Acaso los resultados no vayan a estar ante nuestra vista. Hoy, sembrar es lo que importa.

Ciertamente ha habido artistas que sin tener el apoyo de las instituciones, porque no existían éstas cuando ellos se formaron, han desarrollado una obra significativa. Pienso en Rubén Hernández, autodidacta en la fotografía de arte, quien nos ha mostrado un Lagos que deseamos conservar.

No es lo institucinal lo único que existe. Hoy, como ayer, hay realidades alternativas y debemos respetarlas. Los barrios tienen sus tradiciones, como las pastorelas de La Otra Banda, como las hermandades del Pueblo de Moya. Las comunidades poseen su propio perfil, como La Laguna, que es pueblo de músicos. Los jóvenes se expresan en su lenguaje, tienen sus gustos. No es deseable que se les reprima como lo hizo la corona española con las culturas no oficiales. Abramos los espacios a las expresiones que identifican perfiles y formas de ser. Ofrezcamos a través de becas nuevos caminos a los ciudadanos laguenses del futuro: los niños y los jóvenes. Y sobre todo, apoyemos a los maestros, pues son, para la población, los arquitectos de su conciencia y no sólo de su pensamiento. De esa manera algún día tendremos nuevos Pedro Moreno, nuevos Agustín Rivera, nuevos Mariano Azuela, nuevos Alfonso de Alba. Daremos sentido así a la cultura de nuestra ciudad, que desde que se fundó ha sido artística, histórica y de compromiso social.